Año I. Domingo 28 de Marzo de 1852. Núm 35.

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitien o una libranza a favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

ADVERTENCIA.

—

En nuestro próximo número quedará concluida la publicacion de la preciosa novela de Jorge Sand *Francisco el espósito*, y segun ofrecimos á nuestras suscritoras les repartiremos una cubierta de color por si gustan encuadernarla.

Si alguna de nuestras suscritoras tuviese descabalada dicha novela por habérsele estraviado algun número del periódico, puede decírselo al repartidor, pues tenemos sobrantes algunos números sueltos, y se los entregaremos á las primeras que los soliciten.

Ya en otras ocasiones nos hemos ocupado de la sociedad con relacion á las obligaciones que impone á nuestro sexo y dificultades y obstáculos que le opone para cumplirlas; persuadidas estamos que lejos de haber exageracion en la pintura que hacíamos, debia parecer pálida y descolorida al compararla con el original de donde se tomaba. Tócanos ahora preguntar á las suscritoras que á pesar de todo nos estimulaban á mirarla con menos ceño, y nos dicen que la socieno es tan mala como parece, si es innegable cuanto sentamos entonces, si esa reunion de gentes que se llama sociedad es tan contradictoria con respecto á los deberes que impone á nuestro sexo y dificultades de que luego le rodea para cumplirlos, condenándole cruelmente si no puede superar esas dificultades; ¿no es digna acaso de que se la mire con todo el ceño que nos achacan nuestras corresponsales?

Esto no obstante, nosotras, hijas de la sociedad y criadas en ella, no podemos aborrecerla ni condenarla absolutamente; pues si adolece de esos vicios que hemos lamentado, y contra los cuales hemos escitado la prudencia de nuestras hermanas, conocemos y confesamos á la vez que sin las ventajas que la buena sociedad proporciona, la vida seria insoportable. Quien sabe librarse de los peligros de que adolece, quien marcha con la suficiente prudencia por esas sendas cuyos precipicios están cubiertos de flores, quien tiene el suficiente dominio sobre sí para no dejarse arrastrar de apariencias que ciertamente seducen, pero cuya realidad mata, y se aprovecha de los beneficios de la buena sociedad sin abandonarse ciego en sus ocultas simas, ese ha hecho lo que nosotras deseamos que imiten todas nuestras hermanas.

Así pues concluimos manifestando que no solamente no miramos con ceño la buena sociedad, sino que la juzgamos una necesidad de la vida y una condicion precisa de nuestra naturaleza, que nos eleva sobre los demás seres de la creacion; pero como nada perfecto existe entre las obras humanas, al lado de esa buena sociedad y dentro de ella misma hay una sociedad esencialmente mala, corrompida é injusta, que es muy difícil distinguir, pero que es preciso conocer para preservarse de las fatales consecuencias que ocasiona á los que incautos se dejan llevar del brillo con que deslumbra.

Juzgamos que estas esplicaciones bastarán á nuestras jóvenes comunicantes para que depongan la idea que habian formado sobre nuestro injusto juicio de la sociedad, y se convencerán de que solo un poco mas de esperiencia nos hace diferir en algo de su opinion. Cuando ellas la hayan adquirido pensarán como nosotras, y quiera Dios que acerbos desengaños no les hagan calificar mucho peor esa su amada sociedad.

Biblioteca Nacional de España

Nuestra distinguida colaboradora D.ª Robustiana Armiño de Cuesta nos ha favorecido con la siguiente poesía, que pertenece á la coleccion que está escribiendo con el título de *Al pié de la cuna.*

FAVILA.

—

(AL PIE DE LA CUNA.)

¡Salud, arcángel hermoso,
Que á nuestro suelo llegaste,
Y en mi corazon formaste
Un nido eterno de amor!
¡Salud, niño! tu venida
No anunciaron los cañones,
Ni ondearon los pendones
De tu cuna en derredor.

—

Solo una nube de flores
Te recibió á tu llegada,
Avecilla engalanada
Que tanto tiempo soñé;
¿Mas quién idear pudiera
Que en vez del *niño dormido*,
A tu llegada un gemido
Tan solo, niño, lance?

—

Sí, que á la tierra viniste,
Creacion pura y hermosa,
Cuando amargura rebosa
Tan solo mi corazon;
Llegaste en mi edad florida,
Mas ya de mi lira rota
Tan solo la fuente brota
De sombría inspiracion.

—

Tú, que ignoras de mi vida
Las penas y los dolores,
Quieres que cante las flores,
Y la luz y el arrebol....
¿No sabes, dulce paloma,
Que están mis alas marchitas,
Y mas al águila irritas
Cuando le muestras el sol?

—

Yo que canté de tu cuna
Las brillantes aureolas,
Yo que canté de las olas
El flamígero bramar;
Yo que la lucha incesante
Canté del ángel caido,
Voy hundiendo en el olvido
Mis goces y mi cantar.

—

Un dia sueño de gloria
Brilló en mi mente lozana,
Y de la palma africana
Mostrara el orgullo yo;
Hoy pobre flor olvidada
De este bosque en la maleza
Siento que ya en mi cabeza
La llama de hervir cesó.

—

Ni me inspira ya el bramido
Del agua que se desprende,
Ni allá en el alma se enciende
Sacro fuego creador;
Y siento secos mis ojos
Cuando en lágrimas me anego,
Y cual niña imbécil juego
De una hoguera en derredor.

—

¿A donde huyeron las horas
De mis venturosos dias,
De canciones y armonías
Y visiones del Edem?
¿A donde las dulces áuras
Que jugaban en mi frente,
Y la aureola luciente
Que iluminaba mi sien?

—

. . . . . .
. . . . . .

¡Oh! duerme, niño, y tu boca,
Que solo un nombre murmura,
Respuesta firme y segura
Dar podrá un dia quizá;
¡Oh! duerme! y en tus ensueños
Que reflejaran mi vida,
Allí la cifra perdida
De mi porvenir está.

—

Mas ya la pálida luna
Se apaga en el occidente,
Y el alba se alza luciente
Sobre el carro de cristal;
Ya de las nubes de plata
Que encienden el horizonte
Brilla en la cima del monte
Dulce rayo matinal.

—

Biblioteca Nacional de España

Y en pos del celeste coro
Que resuena en el espacio
Abre el sol sus ojos de oro,
Que vida á la vida dan;
¡Otro dia mas! cantemos,
Favila, al pié de la cuna,
Que si es negra la fortuna
Cortos los dias serán.

—

Sí, luchemos brazo á brazo
Con implacable destino,
Cruzando sola el camino
Con firme y seguro pié:
¿Qué importa cruzar la vida
Por senda de abrojos llena,
O en que pradera florida
Trazado el camino esté?

—

Ay! al dintel de la tumba,
Do apaga el golfo sus olas,
Unas son las aureolas
Del vasallo y del señor;
Y vosotros que gozásteis,
Y nosotros que sufrimos,
Juntos allí confundimos
Los placeres y el dolor.

Robustiana Armiño de Cuesta.

EL HASTIO.

En uno de nuestros números anteriores hablan-blando del hastío, hijo natural del ocio, encomiamos la laboriosidad y nos reservamos hablar de esta cualidad otro dia: hoy vamos á cumplir nuestra promesa, si bien convencidas de que no llegaremos, por grande que sea nuestro deseo, á persuadir cuantos placeres proporciona, pues lo dificulta la rudeza de nuestra indiestra pluma.

A pesar de esta justa desconfianza, á fuer de agradecidas queremos dedicar á esa que no vacilamos en llamar santa virtud algunas líneas. Le debemos tantos momentos de verdadero placer, le debemos tantos consuelos en nuestras penas, que nos hacemos un deber de escribir sobre este asunto. Ojalá tuviéramos las facultades persuasivas necesarias para convencer á tantas á quienes embarga el hastío y el tedio, porque desconociendo los beneficios y los placeres del trabajo temen dedicarse á él.

Cuando el trabajo es necesario para conseguir la subsistencia ¿quién es mas amigo del hombre que el mismo trabajo? ¿quién le libra de la miseria, quién impide la infelicidad de sus hijos adorados? Cada gota del sudor que inunda su frente es una flor de su corona triunfante. El hombre entonces vence al mas terrible enemigo suyo y de su familia, que es la indolencia y la pereza, que halla á la cabecera de su lecho al despertar por la mañana, y á su lado todo el dia, siempre combatiéndole, pero siempre vencido por el hombre laborioso, que al combatir viene á fortalecer su ánimo la dulce memoria de sus hijos, que obtienen las ventajas de su triunfo. Oh! si se dejase vencer, ellos perecerian ó yacerian en la miseria, y el hambre y la falta de educacion los llevarian á engruesar las huestes del crímen. Con su trabajo les proporciona la subsistencia y la educacion, y al verlos alegres é instruidos qué placer puede igualarse al placer de su padre?

Oh! bendito sea el trabajo, que aun cuando es necesario tantas desgracias evita, tantos consuelos proporciona!

¿Y acaso cuando no es preciso para alcanzar la subsistencia es por ventura menos agradecido, proporciona menor dicha? No por cierto, porque si es espantosa y horrible en el pobre la miseria, en el rico es amargo y desesperante el hastío, que ha conducido mas de una vez al suicidio, y el trabajo evita este mal. Pero no es este su principal beneficio, no es esta su cualidad preferente, ni lo es tampoco el dulce placer que proporciona despues: su mas importante cualidad es el impedir el vicio y la degradacion á que la ociosidad conduce, y que no evitan todas las riquezas del mundo, pues solo el trabajo, la laboriosidad puede prevenirla.

Bendigamos pues esa santa virtud, que en la opulencia como en la miseria, en la felicidad como en la desgracia, tantos bienes proporciona, tantos males evita; y practicándola hallaremos remedio en todas las adversidades, y hasta bálsamo consolador para las penas del corazon.—***

ANGÉLICA.

III.

(CONTINUACION)

Un suspiro que soltó á este tiempo el moribundo hizo volar á la infeliz junto al lecho de su esposo.

—Eres tú, Angélica.... eres tú? murmuró con

Biblioteca Nacional de España

débil voz Eduardo; ¿por qué te has ido? ¿por qué me has abandonado? ¿No sabes que yo no puedo vivir sin tí, y que al espirar deseo tener el consuelo de exhalar el último suspiro sobre tu corazon? Oh! no te vayas.... ven.... tu mirada me da fuerza.... la dulzura de tu voz calma mis sufrimientos.... no me abandones por piedad!

—Oh! no, estoy á tu lado.... junto á tí.... Pero ¿por qué hablas de morir?... Oh! no, esto no es posible! Dios no querrá arrebatarme todo mi consuelo!

—Tu consuelo yo! yo que te he causado tantos sufrimientos!

—Olvida cuanto ha pasado antes de este instante; olvídalo como yo lo he olvidado.

—Oh! gracias; pero tu generosidad al par que me consuela me asesina, porque yo no puedo olvidar mis horribles desaciertos.

Eduardo al pronunciar estas palabras cayó rendido de su esfuerzo sobre el lecho. Su mano abandonó la de Angélica, y murmuró con fatigoso acento:

—Oh! tengo frio!... está helando!... las fuerzas me faltan! la vida me abandona!... me siento morir.... Ven, ven, acércate por Dios!

—Angélica cayó de rodillas junto á el lecho, y el moribundo estrechó débilmente su hermosa cabeza contra su corazon.

—Mi hijo! prosiguió, quiero ver por la última vez á mi hijo! ¿dónde está?... quiero verle!...

—Angélica cogió en brazos al niño, que dormia tranquilamente, y le presentó á su esposo.

—Hijo mio!... hijo mio!... gritó este con desesperacion; el último beso, la última sonrisa para tu pobre padre!...

El niño se sonrió sin prever su desgracia y Eduardo elevó sus ojos al cielo como recomendándole aquellos dos seres amados, de los que iba á separarle en breve la eternidad.

Luego, agotadas sus fuerzas por el sufrimiento, cayó sin sentidos sobre el lecho.

Angélica le puso la mano sobre la frente y sobre le croazon. Este habia cesado de latir, su frente estaba helada!...

—Ursula, socorro... socorro!.. Ven, Dios mio, ven! gritó la infeliz con desesperacion. Oh! esto no es posible, prosiguió, esta idea me aterra!... Eduardo!... esposo mio!... No me responde... no me oye, ha muerto!... Y ningun medio, ninguna esperanza de socorro!... Oh! estas gentes no tienen corazon, pues no se apiadan de unos males tan horribles!...

Al pronunciar estas palabras la infeliz se arrojó sobre el moribundo, que volvió hácia ella sus ojos, ya velados con las sombras de la muerte, y besó débilmente su mano, en la que brillaba una hermosa sortija de diamantes.

Era el anillo de desposada que le habia regalado Cárlos al separarse de ella para ir á ponerse al frente de su ejército. Angélica nunca habia tenido valor para desprenderse de aquella joya que tan dulces recuerdos encerraba. Pero entonces una idea rápida pareció herir su mente, y levantándose fuera de sí salió desolada de la estancia.

Reinó por un breve instante en ella un doloroso silencio, interrumpido tan solo por las preces que Ursula murmuraba en voz baja. De repente dos caballeros aparecieron en el dintel de la puerta, y sus curiosas miradas parecian buscar un objeto en el interior del aposento. Ursula ha reconocido á su soberano, y corre á arrojarse á sus piés.

—Y Angélica? pregunta Cárlos con voz conmovida.

—Acaba de salir....

—Y Mailly?... añade el soberano titubeando.

—Vedle, señor. Creo que sereis bastante generoso para no arrebatar á su esposa hasta un cadáver.

Cárlos no responde y se dirige al lecho. Contempla con ojos compasivos aquel hombre que muere sobre un monton de paja; fija su mirada sobre el hermoso niño, y una lágrima de compasion humedeció sus párpados.

El niño, que habia vuelto á adormecerse, entreabre los ojos y tiende sus manos al rey como inplorando su piedad. Cárlos enternecido le toma en sus brazos; estampa un tierno beso en su frente, y esclama entre sollozos:

—Si es tiempo aun, te volveré á tu padre!

Un grito de júbilo resuena cerca de él.... Es Angélica, que ha oido sus palabras y cae á sus piés murmurando:

—Gracias!

(Se concluirá.)

Angela Grassi.

Biblioteca Nacional de España

CAROLINA CORONADO.

(CONTINÚA.)

Difícil es concebir cómo sin haber cimentado semejante empresa en un curso adecuado de estudios, sin método, sin tiempo disponible y aun sin materiales, se formó de ese modo misterioso y casi clandestino la coleccion de poesías que, precedida de una introduccion por el célebre autor dramático Hartzenbusch, salió á luz en Madrid en 1845. Tal vez sea la señorita Coronado la única persona dotada de la estraordinaria facultad de componer solo con el auxilio de la memoria. La dificultad que esto ofrece está definida en las siguientes observaciones del distinguido escritor que acabamos de citar: «Solo quien haya probado, dice, á componer de memoria, es capaz de comprender la fuerza de atencion que requiere este penoso trabajo del entendimiento. El poeta que compone escribiendo descansa en el papel del cuidado de conservar lo que crea, y no piensa mas que en seguir creando: el que compone de memoria tiene que desempeñar por sí la doble tarea de crear y retener, y como la mente humana no puede ocuparse á un tiempo en dos ejercicios, turbada la razon un tanto con ellos, la entonacion del poema no suele salir igual, ni las ideas muy íntimamente enlazadas, ni la espresion del concepto con la claridad suficiente para el lector, para el cual cada pensamiento de una obra escrita se presenta solo bajo la forma en que quedó, sin que lo acompañen las otras ideas auxiliares ó simultáneamente concebidas que contribuyeron á engendrarlo. En aquella exaltacion de ánimo el poeta con la mas leve espresion se comprende y satisface á sí mismo: el lector, que de ninguna manera se puede hallar en un caso semejante, necesita mas para comprender: el uno es el ciego que por su finísimo tacto conoce un naipe sin verlo, y el otro es el hombre que ve, pero que necesita la luz para distinguir la forma estampada en la carta.»

Esta escelente definicion de las dificultades que ofrece el componer en verso sin escribir no puede ser aplicable á la señorita Coronado, cuya estremada facilidad en la versificacion hace que le sea mucho menos fácil el componer en prosa, á causa de la dificultad que le ocasiona el evitar la música de la rima.

Los periódicos principales de la capital y las provincias han publicado innumerables composiciones suyas, que fueron reproducidas en la América meridional y en la isla de Cuba, y su autora ha sido admitida como miembro del Instituto Español y de todas las academias literarias de España, inclusa la de la Habana; pero, como dijo Mr. Gustavo Deville en su *Revista de Madrid*, «cuando la perseverante energía estaba para recoger su fruto y recompensa; cuando la realidad de la vida se abria ante sus ojos; cuando los esfuerzos de una firme voluntad habian vencido los obstáculos, contra los cuales tan valerosamente habia luchado, la prensa anunció de súbito la muerte de la poetisa.» Sucedió esto en la primavera de 1844, y los periódicos de todo el reino, en prueba de dolor por la pérdida que habia sufrido la literatura, salieron al público de luto. El sentimiento general por una pérdida que se consideraba como una calamidad pública, se manifestó en todos los puntos de España en una multitud de lamentos poéticos. Estos testimonios de afectuosa estimacion llegaron hasta la quinta donde su objeto vivia completamente retirado durante la mayor parte del año, y le causaron como es de imaginar no poca sorpresa. Como una voz de la tumba la de la jóven poetisa en un canto de admirable melodía declaró á la nacion regocijada que las cadenas de su trabajoso aprendizage se habian en realidad sepultado para siempre, pero que rico de gracia y de vigor su genio inmortal vivia aun sobre la tierra.

La singularidad de este incidente, y el dolor que su presunta muerte habia causado, le sugirió la idea de escribir una obra que ha determinado sea póstuma, y que tiene por adecuado título el de *Dos muertes en media vida*.

Largas y frecuentes vigilias y una aplicacion incesante al estudio no podian menos de afectar una contestura física tan delicada. Destruido el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu sobrevino la postracion del primero, sucumbiendo á una grave dolencia. Para recobrar la salud que habia perdido nuestra poetisa eligió el cielo delicioso de Andalucía, y despues de haber permanecido algun tiempo en Cádiz escribió al salir de sus murallas su canto á *El Mar*.

Una afeccion nerviosa que casi llegó á privarla del uso de sus miembros la obligó á recurrir á unas aguas minerales en la cercanía de Madrid, y la capital recibió con regocijo la visita de la ya famosa estrella literaria. El Liceo artístico y los literatos celebraron su venida con entusiastas honores en una sesion convocada especialmente para aquel objeto. La poetisa leyó á la asamblea su composicion *Se va mi sombra pero yo me quedo*, y una corona de hojas de oro

Biblioteca Nacional de España

y laurel fué puesta en su hermosa frente. En una sesion posterior celebrada en obsequio de SS. MM. se representó su drama *El cuadro de la Esperanza*. Este drama no ha sido la sola contribucion de su autora al teatro: un drama histórico intitulado *Alfonso IV*, y otro que aun está inédito y que lleva por título *Petrarca*, evidencian su capacidad en este dificilísimo ramo de la literatura.

Todo lo que tiene relacion con Carolina y la rodea indica la sencillez poética de sus gustos. Aun en medio de los placeres de una capital, obsequiada y admirada por todos y recibiendo homenages de las categorías mas elevadas, conserva la modesta sencillez y hábitos del campo y pasa sus horas rodeada de aves y flores, á las cuales tiene apasionada aficion. Su escritorio tiene el sello de la dueña en su elegancia clásica y sin ostentacion. Un cuadro por el *divino* Morales, Santa Teresa en el acto de escribir, es el primer objeto que llama la atencion del observador, no tanto por su belleza como obra del arte como por la semejanza de las facciones de la Santa y las de la señorita Coronado.

Su vida es aun tan laboriosa como si su fama estuviese por adquirir; pero aun en medio de sus infatigables esfuerzos para adelantar en su carrera consagra diariamente una parte de su precioso tiempo á ayudar en sus estudios á sus hermanos menores.

(*Concluirá.*)

Entre los numerosos buques que durante la primera semana del mes actual se hallaban detenidos por contrarios vientos en el puerto de Sambash, isla de Arran, en Escocia, se veia el viejo bergantin *Cloetus*, que hace mas de veinte años manda *la jóven y hermosa Miss Betsy Miller*, hija del difunto Willam, armador y negociante de maderas. Miss Betsy desempeñaba en muchos barcos de su padre, y en largos viajes, las funciones de sobrecargo, y al ver como los capitanes trabajaban, quiso mandar tambien un buque. M. Miller satisfizo su estraño deseo y la confió el mando de *Cloetus*, cuyo á bordo ha arrostrado tormentas, durante las cuales algunos capitanes han visto romperse sus embarcaciones contra los escollos. El aspecto de Miss Betsy en el castillo de popa, cuando arrecian las tempestades, es tal que honraria á un almirante. Debemos añadir que hasta ahora ningun marinero ni oficial de los que están á sus órdenes la ha hablado sin manifestar el mas profundo respeto. El *Cloetus* es muy conocido en los puertos de Belfast, Dublin, Cork, etc., y ha anclado frecuentemente en los puertos ingleses: los groseros barqueros de Higlands le llaman el bergantin con faldas.

Una mujer de Esparta tenia sus cinco hijos en el ejército: esperaba impaciente noticias de la batalla: llega Jlota, que habia asistido á la accion: ella se acerca y toda trémula le pregunta:

—¿Qué nueva traes?

—Tus cinco hijos han perecido.

—Vil esclavo, ¿quién te pregunta eso? ¿Hemos ganado la victorias?

—Sí....

No bien pronuncia esto cuando la madre vuela al templo y da gracias á los dioses.

Parece que una de nuestras mas distinguidas poetisas, cuya salida para Andalucía se anunció recientemente, se dirige á Gibraltar con el objeto de contraer matrimonio con uno de los individuos del cuerpo diplomático estrangero residente en Madrid.

El domingo, dice un periódico de esta corte, fuimos espectadores de la destreza de dos damas elegantes en el tiro de pistola de la Fuente Castellana, pues colocando algunos alfileres al frente de la plancha los hicieron saltar sucesivamente á los primeros disparos. Despues, arrojando al aire dos de sus guantes, fueron tan certeros los tiros, que los hicieron trizas. Dos almibarados pollos que presenciaron e hecho fueron agraciados con los mutilados guantes, y no dudamos los conservarán como prendas de incalculable mérito.

ADVERTENCIA.

Por causas independientes de nuestra voluntad no ha podido repartirse este número el domingo 28. Esperamos que nuestras amables suscritoras nos dispensarán una falta que en lo sucesivo haremos por que no vuelva á repetirse.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,

Calle de María Cristina, número 8.

Biblioteca Nacional de España